

## Neoliberalismo amoral y protestas morales: movimientos sociales en tiempos de crisis

(Ponencia inaugural en el XII Congreso Estatal de Trabajo Social)

**Donatella Della Porta**

### Resumen

El artículo hace un recorrido de la influencia del liberalismo en la organización de las sociedades occidentales actuales y su impacto en las políticas sociales. La autora ejemplifica cómo la continua tensión entre la sociedad y la visión liberal y neoliberal, que considera los servicios sociales que garantizan el Estado de Bienestar como un impedimento para el libre mercado y la competencia, genera desigualdad. La presión del liberalismo, y después del neoliberalismo, supone también el triunfo de una ideología cínica según la cual los beneficios tienen que ser maximizados a toda costa. Esa ideología cínica es amoral, cuando no inmoral, según la autora. Con los fundamentos históricos, la autora pasa a analizar los movimientos sociales recientes en contra del avance del poder de los mercados. Los ejemplos más destacados son el movimiento 15-M en Madrid, el movimiento Occupy Wall Street en EEUU o las protestas pacíficas en Grecia. De todos ellos se extrae una misma enseñanza: el cambio de las protestas en nombre de otros hacia unas protestas directas de los afectados (personas sin hogar afectados por la hipoteca, desempleados...). Por último la autora se centra en el papel del trabajo social y los trabajadores sociales tanto como víctimas de los recortes y como actores del movimiento social en contra de ellos.

### Palabras Clave

Neoliberalismo, Estado de Bienestar, trabajo social, economía moral, indignados

### Abstract

The article talks about the influence of liberalism in the organization of contemporary Western societies and its impact on social policies. The author illustrates how the tension between society and the liberal and neoliberal mindsets which consider social services as an impediment to free market and competition generates inequality. The pressure of liberalism and neoliberalism is also the triumph of a "cynical" ideology in which benefits are to be maximized at all costs. This ideology is cynical, amoral, if not immoral, according to the author. She goes on to analyze recent social movements against the growing power of markets. The most prominent examples are the 15-M movement in Madrid, Occupy Wall Street in the U.S. and the peaceful protests in Greece. The same message is extracted from all of them. Previously, protests were made on behalf of others, now the affected are the ones who protest (homeless people affected by evictions, unemployed...). Lastly, the author focuses on the role of social work and social workers both as victims of the cuts on social services and also as actors of the movements against them.

### Keywords

Neo-liberalism, welfare state, social work, moral economy, indignados

### Donatella Della Porta

Socióloga. Profesora de Sociología en el Instituto U. Europeo (Italia).

Dirige el Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales. (Cosmos)

Profesora de CC. políticas en el Instituto Italiano di Scienze Umane.



### Neoliberalismo amoral y protestas morales, una introducción

ROMA- Noviembre de 2012. Los miembros del Comité 16 Novembre, compuesto por ciudadanos afectados por patologías degenerativas muy graves, protestan contra la resolución del llamado Gobierno técnico, dirigido por Mario Monti, y con el apoyo de los principales partidos de centro-izquierda y centro-derecha, PD y PDL, para cancelar un fondos especiales para aquellas personas que necesitan 24 horas de asistencia al día. Nada menos que 70 personas con discapacidad muy grave, entre ellos pacientes con esclerosis lateral amiotrófica, y sus familiares inician una huelga de hambre y realizan sentadas frente al Ministerio de Asuntos Económicos. Uno de ellos retira las máquinas médicas que necesitan para sobrevivir en gesto de protesta, mientras que el grupo amenaza con una acción “extrema y sensacionalista”. Después de seis días, la protesta es interrumpida cuando el gobierno acepta cumplir con el representante del comité. Pero sólo para informarles -el ministro de Desarrollo y Asuntos Sociales llora delante de los periodistas- que, lamentablemente, no hay disponible ninguna cantidad de dinero en la revisión presupuestaria del Gobierno: “Ante la crisis y la necesidad de cuadrar el presupuesto, no hay nada que hacer” (Repubblica, 5/11/2012). Contra lo que considera una crueldad extrema, el Comité 16 Novembre reacciona así: “Si usted no responde a nuestro llamamiento, usted será responsable de lo que suceda. No queremos caridad, queremos nuestros derechos”.

Esta protesta, similar a otras en España, Grecia y otros países, atestigua el grado en que las medidas de austeridad están atacando concepciones generalizadas de la humanidad, así como de las dramáticas consecuencias para ellos. En

lo que sigue, voy a evaluar en primer lugar la naturaleza y el alcance del desafío que la crisis actual del neoliberalismo presenta para la protección social y la sociedad en general. Comenzando con la obra de Karl Polanyi (1957) durante la primera ola de liberalismo económico, sugiero que también en la ola neoliberal el reto no es sólo material, sino también normativo. El neoliberalismo entendido como una defensa fanática del libre mercado es una inmoralidad económica. En cuanto a la reciente ola de resistencia a las concepciones y prácticas cínicas del neoliberalismo, me centraré en el desarrollo de un contra-marco de la inmoralidad del capitalismo. En la definición del mismo, los ciudadanos están indignados en la defensa de su dignidad. Por último, en una tercera parte, voy a repasar los ataques materiales y simbólicos que el neoliberalismo hace a los trabajadores y a los usuarios de servicios sociales. Voy a prestar especial atención a la polémica política del trabajo social, las formas de protesta desarrolladas, y la concepción y las prácticas de construcción de la comunidad realizada a través de las acciones de trabajadores sociales y ciudadanos.

### 1. (Neo) liberalismo amoral: la amenaza

Austeridad significa cortar en bienestar, los servicios sociales, los salarios de los trabajadores sociales, pero también significa la difusión de una ideología, que afecta profundamente a la idea misma de la protección social. Como Karl Polanyi (1957) observó hace mucho tiempo, la historia del capitalismo se caracteriza por un doble movimiento entre el libre mercado y la protección social. Muchas de las características de la primera ola de liberalismo que analizó en su influyente *The Great*

*Transformation* son válidas, con pequeñas transformaciones, para la actual ola neoliberal.

Sobre todo, su trabajo hizo hincapié en la justificación del liberalismo a través de marcos cínicos del predominio del mercado sobre lo social. Los movimientos del mercado libre fueron similares a cercados, entendidos como la revolución de los ricos contra los pobres: “Los señores y nobles estaban alterando el orden social, rompiendo la ley antigua y las costumbres, a veces por medio de la violencia, a menudo por la presión y la intimidación... eran literalmente robando a los pobres su parte del bien común” (1957, 35). Al hacer eso compartían “la creencia en el progreso espontáneo” que negaba el papel del Estado en la vida económica<sup>1</sup>. Por lo tanto, “economía de mercado implica un sistema de autorregulación de los mercados... es la economía dirigida por los precios de mercado, y nada más que los precios de mercado” (ibid., 43). Imaginando que los individuos se mueven en el mercado por las preocupaciones económicas más que sociales, la economía de mercado supone que “los seres humanos se comportan de una manera por la que se pueda alcanzar el máximo de ganancias monetarias” (ibid., 68). En este sentido, “la autorregulación implica que toda la producción se vende en el mercado y que todos los ingresos se derivan de dicha venta” (ibid., 69). Mientras que el mercantilismo se oponía a comercializar tierra y el trabajo, el liberalismo lo considera como mercancía, y por lo tanto como algo para ser vendido en el mercado. Al subordinar “la sustancia de la sociedad misma a las leyes del mercado” (ibid., 71), la sociedad humana se convierte en “un accesorio del sistema económico” (ibid., 75).

Para que la gran transformación se lleve a cabo, se requería un cambio paradigmático lejos de las

leyes y normas vigentes. En Inglaterra, desde el siglo XVI, la ley de pobres y el statute of artifice (que incluía la evaluación anual de los salarios de los funcionarios públicos, 7 años de aprendizaje, etc.) definen “una organización nacional del trabajo basada en los principios de la regulación y el paternalismo” (ibid., 87). Hasta el final del siglo XVIII, la ley Speenhamland aseguraba un ingreso mínimo, por ejemplo completándolo con subvenciones, además de los salarios, y su proporcionalidad al costo de pan. Inicialmente, ni siquiera la doctrina del *laissez-faire*, a pesar de luchar contra la regulación de la producción, consideraba la ley de pobres como una ayuda a los fabricantes, lo que les permite desprenderse de su responsabilidad hacia los trabajadores despedidos (ibid., 137). El proyecto de ley de reforma de 1832 y la enmienda de la ley de pobres de 1834 abolieron los subsidios, a lo que se achaca la reducción de la productividad, y supuso el final del paternalismo benevolente.

Hubo por lo tanto lo que Polanyi y otros definen como un movimiento hacia el capitalismo amoral. De hecho, “si los trabajadores eran físicamente deshumanizados, las clases propietarias eran moralmente degradadas. La unidad tradicional de una sociedad cristiana estaba dando lugar a una negación de la responsabilidad por parte de los acomodados para con las condiciones de sus compañeros” (ibid., 102). La amoralidad se justificaba por la suposición de que el progreso estaba relacionado con el pauperismo: ya que, según el pensador liberal Jeremy Bentham, “en la etapa

#### notas

<sup>1</sup> Esto había sucedido anteriormente, en particular a través de la definición de la tasa de cambio: “Porque, en este caso, sobre todo, dependía de si los desposeídos podrían ajustarse a las nuevas condiciones sin dañar fatalmente su sustancia, humano y económico, físico y moral” (ibid., 37).

más elevada de la prosperidad social, es muy probable que la gran masa de los ciudadanos posea pocos recursos por su trabajo diario, y por lo tanto siempre va a estar cerca de la indigencia “(citado en *ibid.*, 117)<sup>2</sup>. Los pobres no debían ser ayudados, ya que esto hubiera interferido con el mercado de trabajo, los casos patológicos tuvieron que ser encerrados en los hospitales. A los demás, se les dejaba morir por el bien del progreso.

Algo coherente con su fe (ciega) en la explotación fue la oposición liberal ante los derechos de voto para los no tan ricos ya que “hubiera sido un acto de locura entregar la administración de la Nueva Ley de Pobres con su método científico de la tortura mental a los representantes de las mismas personas para las que se diseñó el tratamiento” (*ibid.*, 224). De hecho, “no hubo un liberal militante que no expresara su convicción de que la democracia popular era un peligro para el capitalismo” (*ibid.*, 226). En resumen, de acuerdo con el liberalismo inmoral, “mientras que el pobre, por el bien de la humanidad, debe ser relevado, los desempleados, por el bien de la industria, no deben ser aliviados. Que el parado era inocente de su destino no importaba: la cuestión no era si podría o no podría haber encontrado un trabajo si lo hubiera intentado, sino que si no estaba en peligro de inanición con la única alternativa aborrecida de las workhouses, el sistema de salarios se vendría abajo, desatando por lo tanto la miseria y el caos en la sociedad. Eso significaba penalizar a los inocentes y como tal fue reconocido. La perversión de la crueldad consistía exactamente en la emancipación del trabajador con el objeto declarado de hacer de la amenaza de la destrucción por hambre eficaz “(*ibid.*, 224).

Esta cínica creencia era la base de lo que Polanyi llamó “una pasión cruzada”, “un credo mi-

litante” (*ibid.*, 137), mientras que “rara vez se podía encontrar un argumento razonado en esta materia (*ibid.*, 211). De hecho, en el siglo XIX, la concepción del libre mercado se basaba en el liberalismo económico entendido como “el principio organizador de una sociedad dedicada a la creación de un sistema de mercado. Nacido como una mera afición por métodos no burocráticos, se convirtió en una verdadera fe en la salvación secular del hombre a través de un mercado autorregulado. Este fanatismo es el resultado del brusco agravamiento de la tarea a la que se vio comprometido: la magnitud de los sufrimientos que iban a ser infligidos a personas inocentes así como el amplio alcance de los cambios entrelazados necesarios para el establecimiento de un nuevo orden. El credo liberal asumió su fervor evangélico sólo en respuesta a las necesidades de una economía de mercado en pleno funcionamiento “(*ibid.*, 135).

El libre mercado como la separación del Estado y el mercado era una ilusión. De hecho, “no había nada de natural en el *laissez-faire*, el libre mercado nunca podría haber llegado simplemente permitiendo que las cosas siguiesen en su curso... el *laissez-faire* en sí fue ejecutado por el Estado” (*ibid.*, 139). Y en las décadas de 1830 y 1840 se produjo un crecimiento de la administración ya que “el camino hacia el libre mercado se abrió y se mantenía abierta gracias a un enorme aumento del intervencionismo continuo, centralmente organizado y controlado” (*ibid.*, 140). La economía de libre mercado requiere una regla de oro, que los “que se confía a los líderes de los mercados financieros la salvaguardia de los intercambios estables y un crédito interno sólido del que las finanzas públicas dependen en gran medida. La administración de la banca puede, por tanto, obstruir cualquier movimiento doméstico en la esfera económica que no sea de su agrado “(*ibid.*, 229).

Tras el paréntesis de la economía keynesiana, en lo que se llamó un compromiso de clase, la ideología de libre mercado volvió con muchas similitudes con la primera ola y algunas diferencias. Al igual que el liberalismo clásico, “el principio principal del neoliberalismo es que los resultados óptimos se obtendrán si se permite que la demanda y la oferta de bienes y servicios se adapten a través del mecanismo de precios, sin interferencia por parte del gobierno o de otras fuerzas, aunque sí esté sujeta a la precios y la comercialización de las empresas oligopólicas” (Crouch 2012, 17). Así, en esta ola, los partidarios del mercado libre declararon que los gobiernos no tienen que intervenir para salvaguardar los niveles de empleo, ya que “si cae la demanda, los trabajadores irán al paro y como resultado, aquellos que conserven el empleo no podrán aumentar sus salarios, de forma que los desempleados estarán encantados de reincorporarse al mercado laboral con salarios más bajos. De esta manera el mercado encuentra su equilibrio” (ibid., 17).

Al igual que el liberalismo, el neoliberalismo también es una ilusión ya que la segregación de la economía y la política rara vez está presente, ya que los gobiernos aún tienen que remediar fallos del mercado y las necesidades del mercado con leyes (por ejemplo, sobre la protección de los derechos de autor, patentes, contratos). De hecho, como Crouch escribió sobre el neoliberalismo, “en su intento de reducir ciertos tipos de intervenciones del gobierno en la economía, se alienta o se provee espacio para una serie de interferencias mutuas entre las empresas públicas y privadas, muchas de las cuales plantean problemas serios tanto para el libre mercado como para la probidad de las instituciones públicas” (ibid., 93). En lugar de la competencia, en el neoliberalismo hay una concentración de capital en el desarrollo de las

empresas “gigantes” que distorsionan el mercado, ya que “una empresa” gigante “es una que es suficientemente dominante en sus mercados para poder influir en los términos de los mercados por su propia acción, utilizando su capacidad de organización para desarrollar estrategias de dominio del mercado” (ibid., 49). La privatización, la liberalización y la desregulación, que permiten la concentración de capital, se derivan del compromiso de los gobiernos en materia de legislación favorable. De hecho, “los verdaderos mercados rara vez han experimentado estas privatizaciones, los problemas de oligopolio y las limitadas oportunidades para la competencia por lo general son importantes razones por las que estas actividades han terminado siendo de dominio público” (ibid., 80). Los contratos a largo plazo relacionados con la privatización eliminan servicios del mercado. Por otra parte, “no es sólo la regulación, sino también la desregulación, o la ausencia de una regulación, lo que puede producir relaciones inapropiadas entre las empresas y los gobiernos” (ibid., 95). Por lo general, en 1999, en los Estados Unidos, la Ley de Modernización de Servicios Financieros Gramm-LeachBliley fue “una parte fundamental del programa de desregulación neoliberal, [y] abolió las restricciones para que la banca minorista usase los depósitos de sus clientes en actividades comerciales ‘de alto riesgo’” (ibid., 98). Esas restricciones se habían introducido en 1933 por la Ley Glass-Steagall.

El neoliberalismo ha sido definido por Stiglitz (2008) como el fundamentalismo de mercado.

#### notas

<sup>2</sup> “Las condiciones más favorables de la prosperidad de la agricultura existen cuando no existen: dotaciones inalienables, tierras comunes, derechos de redención o diezmos” (ibid., 180).

Depravación moral con pérdidas socializadas y ganancias privatizadas. El neoliberalismo impone de hecho un imperativo moral de la competencia trayendo un “ethos de la competitividad en el centro de la vida humana” (Amabile, 2011, 6). Al igual que en la primera ola, las concepciones y prácticas amorales del capitalismo se extienden. También en este caso, ya que las ideas neoliberales llegaron a dominar, “la amoralidad se extiende al otro lado de la vida social” (Crouch, 2012, 25). Los neoliberales predicán que “dado que el mercado es casi perfecto, el resultado de una gran cantidad de comportamientos egoístas de los individuos estará en consonancia con el bienestar público en general” (ibid., 149). A diferencia del liberalismo clásico, donde el consumidor se presenta como más influyente en los precios de mercado, para el neoliberalismo, los accionistas (y sus acciones) se convierten en la principal preocupación, por encima de inversiones, clientes, empleados<sup>3</sup>. La acción esperable de los actores bajo el neoliberalismo es, de hecho, racional, egoísta (Streeck, 2011), por lo que el pensamiento neoliberal institucionaliza el cinismo y legitima la codicia. Los más inmorales tienen más posibilidades de éxito, hay expectativa de recompensas ilimitadas, un imperativo de la maximización de los beneficios económicos, la competencia gana a la solidaridad. Los intereses de las elites están completamente separados del interés en la supervivencia del sistema (ibid.). La crítica neoliberal del Estado del Bienestar se basa en la primacía de la responsabilidad individual por el auto-sustento y no necesidad de ser asistido. El estado puede proporcionar un seguro en un mercado competitivo, mientras que las prestaciones sociales reducen los costes de la conducta inmoral. Los recortes en el bienestar suponen la liberación de las personas de la dependencia social (Amabile, 2011). Según von Hayek (1960), las leyes particulares deben aplicarse también a

los servicios estatales y públicos ofrecidos sólo en mercados competitivos. De hecho, para él, la libertad es el primer valor, por encima de la democracia, lo que legitima las demandas para limitar la soberanía popular. Y Buchanan y Tullock (1962) afirmaron que las crisis económicas se derivan básicamente de la intervención política para que el papel del gobierno es inversamente proporcional a la fortaleza del orden moral.

El neoliberalismo no sólo es cínico en sus concepciones, sino también en su funcionamiento, violando reglas y regulaciones. El neoliberalismo se estableció (y, como observa Crouch, extrañamente sobrevivió a la crisis), especialmente a través de la transferencia de una gran cantidad de dinero por las corporaciones a los políticos. La agenda de liberalización que lleva a la conducta irresponsable de los mercados financieros durante la década de 1990 fue resultado del impresionante lobby en el Congreso y la administración de EE.UU. por intereses bancarios” (ibid., 95). Así, después de los EE.UU., el Congreso aprobó una ley para permitir que una firma empleada por una empresa auditase las cuentas de dicha empresa. Esto ocurrió con Enron, empresa productora de petróleo de Texas, que había hecho generosas donaciones a la campaña de Bush. Además, la industria de salud de EE.UU. invirtió fuertemente en contra de la reforma de Obama. Más en general, según el FMI, en 2010, las empresas estadounidenses habían invertido 4.200 millones de dólares en actividades políticas. En el parlamento de la UE hay cerca de 100 grupos de presión para las empresas para cada uno dedicado a los consumidores (Crouch, 2012, 67-68). En 2008, la quiebra de Lehman Brothers produjo tal conmoción que los gobiernos decidieron rescatarlos, y los bancos contaron con ese rescate en sus cálculos. Durante la crisis, el rescate de los bancos “demasiado grandes para



quebrar” mostró cuán necesitados están los avances neoliberales de gobiernos complacientes. Así que Crouch llegó a la conclusión de que “la innovación Chicago no hizo nada para resolver el problema central: el poder económico y político intercambiados” (Crouch, 2012, 70). Las corporaciones controlan los partidos y medios de comunicación.

Al mismo tiempo que la empresa compra las decisiones políticas, hay un intento de hacer ver que esas decisiones son despolitizadas. De acuerdo con la hipótesis del agente principal, el principal (los accionistas) quiere beneficios y los agentes tienen que maximizar el valor de las acciones. Sin embargo, “la democracia no funciona como beneficio, proporcionando un único indicador cuantificable. Constantemente ha de ser interpretada por los políticos, sus asesores y otros formadores de opinión. Al final, por lo tanto, volver a la ética de las profesiones y los servicios públicos no depende tanto del mercado, sino de la ética de los políticos y, cada vez más, de sus asesores de gestión del sector privado. Esto plantea una pregunta muy importante: muchas estrategias de mercantilización de las políticas públicas tratan de poner las cuestiones más allá del alcance de los conflictos y el debate, y más allá del alcance de las opciones éticas difíciles. Pero estos intentos siempre fallan, ya que no es posible poner la vida humana en un piloto automático tecnocrático” (Crouch, 2002, 91-92).

## 2. La moralidad en los movimientos ‘antiausteridad’

El cinismo inmoral de las élites fue a menudo acompañado por un llamado a la restauración de una economía moral. En su libro *La economía moral de la multitud inglesa en el siglo XVIII*, E.P. Thompson criticó el reduccionismo económico

de gran parte de la literatura sobre los disturbios por alimentos, haciendo hincapié en que las personas que se rebelaban estaban “informadas por la creencia de que estaban defendiendo los derechos y costumbres tradicionales y, en general, que contaban con un amplio consenso de la comunidad” (Thompson, 1971, 78). En cuanto a los disturbios por alimentos como formas muy complejas de acción directa, se observó que el conflicto entre el campo y la ciudad fue mediado por la regulación del precio del pan, a través de una especie de la economía política de las Leyes del Maíz. Mientras que un modelo paternalista impuso normas sobre el uso de granos y venta de pan, el crecimiento de los intermediarios en el libre mercado y las exportaciones de bienes fundamentales vulneraban esta “economía moral” basaba en la amoralización de comercio y consumo. En lugar de simplemente reaccionar ante el hambre, “la gente deriva su sentido de legitimación... en el modelo paternalista” (ibid., 95), afirmando que “puesto que las autoridades se negaron a cumplir las leyes, tenían que valerse por sí mismos” (ibid., 110). De hecho, los blancos de las protestas, a menudo incluyendo el ritual de gemir y aullar fuera de las tiendas, fueron aquellos señalados por haber violado la ley. Aunque no requerían mucha organización, estas acciones precisaban un amplio consenso, en particular un “consenso en la economía moral de la ciudadanía en tiempos de escasez” (ibid., 126).

Una vez más, se pueden hacer paralelismos con los movimientos sociales que resisten a la austeridad. Un primer aspecto que emerge en

### notas

<sup>3</sup> Además, el sistema produce incentivos para actuar haciendo caso omiso de informaciones tales como el dinero que se produce entre la transacción y los comerciantes, y el pago de salarios (Crouch, 2012).

las protestas contra la austeridad es de hecho el llamamiento a una mejor condición anterior, muy deteriorado. Se ha dicho que Joseph Stiglitz ha contribuido a bautizar al movimiento Occupy en los EE.UU. en su artículo en "VanityFair" sobre el poder "del 1%, para el 1%" ya que el 1% controla el 40% de los ingresos. Como él señaló: "Por un lado estos manifestantes están pidiendo tan poco: tener la oportunidad de utilizar sus habilidades, el derecho a un trabajo digno con un salario decente, una economía más justa y social... pero en otro nivel están pidiendo mucho: una democracia donde la gente y no los dólares sea lo que cuente (Stiglitz, 2012, 21). A medida que el sistema político va reforzando las fallas del mercado en lugar de corregirlas "los manifestantes han puesto en duda la existencia de una democracia real" (ibid., 17)<sup>4</sup>. De hecho, señaló que "prácticamente todos los senadores de EE.UU. y la mayoría de los representantes de la Cámara son miembros de la parte superior del 1% cuando llegan, se mantienen en el cargo por el dinero de la parte superior del 1%, saben que si sirven al 1% y que serán recompensados por el 1% cuando dejen sus cargos"(cit. en Graeber 2012, 39).

Los movimientos anti-austeridad surgen de hecho cuando ya no se cumplen los valores ni las expectativas, mientras que hay una "enorme concentración de la riqueza sobre todo en la décima parte del uno por ciento de la población" (Chomsky, 2012, 29). Ellos, de hecho, denuncian con indignación la indignidad de una situación en la que los derechos humanos básicos ya no están protegidos. Desde este punto de vista, algunas de las reivindicaciones del movimiento se pueden considerar como moderadas y reformistas, una restauración de los antiguos derechos. En España, los llamados Indignados clamaron por la dignidad y contra el deterioro de la sociedad

perpetrado por el neoliberalismo. Según Noam Chomsky, el movimiento Occupy era "la primera respuesta pública importante... a una treintena de años de una guerra de clases realmente muy amarga" (2012, 54).

En España, Portugal y Grecia, hay una fuerte movilización en defensa de la disminución del bienestar. Propuestas en Sol incluyen la educación laica y gratuita, la democratización de las estructuras, la representación proporcional, la "lucha contra la corrupción a través de normas destinadas a establecer una política de transparencia total", y también la "creación de un mecanismo de control de los ciudadanos para reclamar una responsabilidad política real", y la separación efectiva de los poderes (Núñez, 2011). En OWS [Occupy Wall Street], las demandas son la cancelación de la deuda, el pleno empleo, la fiscalidad en las pequeñas transacciones financieras, salario social o renta garantizada, guarderías universales, bajas por enfermedad pagadas, una mayor transparencia política, impuestos a los ricos, obtener dinero de las empresas fuera de la política (Taylor et al 2011, 5.). Algunas de sus propuestas son en efecto muy moderadas –la regulación de impuestos sobre las transacciones financieras, la inversión de las reglas de gobierno corporativo, que es "un cambio en los impuestos hacia algo más parecido a lo que solía ser cuando los muy ricos no eran esencialmente exentos de impuestos" (Chomsky 2012, 56). Significativamente, los activistas se lamentan de que "quieren aumentar los impuestos un poco para el rico. Ellos te dicen que es imposible. Perdemos competitividad. ¿Quieres más dinero para el cuidado de la salud, te dicen 'imposible, esto significa estado totalitario" (ibid., 69).

También hay convocatorias específicas para la inversión de los instrumentos jurídicos que los



actores neoliberales han introducido a través de enmiendas a las leyes existentes en ese momento, que a menudo se remontan al primer giro hacia la protección social después de la derrota de la primera ola del liberalismo en la década de 1930. Por ejemplo, en los EE.UU., uno de los temas a menudo subrayados por los activistas es la abolición de la personalidad corporativa (ibid., 60) a través de una enmienda constitucional para declarar que la 14ª enmienda no se debe utilizar para reconocer a empresas derechos de las personas (incluido el derecho de expresión por medio de donaciones), un cartel dice: “Yo creeré que las sociedades son gente cuando Texas ejecute a una!”. “Las corporaciones no son personas y el dinero no es discurso” (Gitlin 2012, 109). Una de las pocas convocatorias específicas es para la restauración de una ley de 1933 (la Ley Glass-Steagall) que había prevenido la unión entre bancos comerciales y los bancos financieros, hasta que fue rechazada en 1999, durante el gobierno de Clinton, con el voto de ambos partidos. También pidieron impuestos sobre las transacciones financieras y el restablecimiento de una regulación contra la usura.

La inmoralidad del sistema se denuncia a menudo en referencia a sus efectos concretos en la vida cotidiana. Muchos indignados españoles contaron sus historias de vida, señalando los efectos de las medidas de austeridad en su vida cotidiana, así como sus perspectivas de futuro. En los EE.UU., en [wearethe99percent.tumblr.com](http://wearethe99percent.tumblr.com), los activistas invitaban: “haznos saber quién eres. Toma una foto de tí mismo sosteniendo un cartel que describa tu situación.... Debajo de eso, escribe “Yo soy el 99 por ciento” (ibid., 27). Las historias apuntan a la pérdida de la dignidad: “Perdí mi casa. Me fui a la bancarrota. Todavía pago más de mil dólares en préstamos estudiantiles para mí y mi marido y eso solo en intere-

ses. No vamos a tener hijos, ¿Cómo podríamos, cuando ni siquiera podemos alimentarnos? Yo soy el 99%” (Van Gelder et al, 2011, 5) o “50.000 dólares por año por la matrícula de un hijo en la universidad estatal”. Y “he sido condenado dos veces, no tengo trabajo y debo más de 10.000 dólares en gastos médicos. Yo soy el 99%”. “Mis padres contrajeron una deuda para que yo pudiera conseguir un título importante. Costó más de 100.000 dólares y no tengo perspectivas de empleo. Yo soy el 99%”... “Tengo 20 años y no puedo encontrar un trabajo porque no tengo experiencia. No tengo experiencia porque no puedo encontrar un trabajo. Yo soy el 99%”... “Soy una madre soltera de cuatro hijos, estudiante universitaria, reponedora y paso hambre cada día. Yo soy el 99% por ciento” (en Gerbaudo 2012, 119). Un sitio web invita, recomendando ser educado, a escribir a los ejecutivos y administradores de los grandes bancos sobre la indignidad de la conducta de sus empresas. Un letrado dice: “querido 1%. Nos quedamos dormidos. Ahora nos hemos despertado. Firmado: el 99%”. Del documento Occupy sale conmoción y rabia por el comportamiento inmoral de las élites: “Más allá de estas emociones colectivas de shock e ira también surge una “visión moral” que va más allá de las presiones constantes para derrocar a los líderes y regímenes, y se dirige a propagar un orden social que encarna un nuevo contrato social. Encarna una política diferente, utópica que ofrece a las naciones la salida de la degradación, sirve como un barómetro del progreso futuro, y pide que la política democrática, la participación ciudadana,

#### notas

<sup>4</sup> De hecho, añadió, “De alguna manera, los manifestantes ya han logrado mucho: los centros de investigación, agencias gubernamentales y los medios de comunicación han confirmado su alegato, el nivel de desigualdad elevado e injustificable, los fallos del sistema de mercado” (ibid, 21).

el fin de la corrupción y busca un nuevo comienzo “(Langman, 2013, 515).

La injusticia económica produce una crisis de legitimidad (della Porta 2013a), sobre todo porque esta cuenta con el pleno apoyo de los políticos, y a menudo ajena a los intereses codiciosos. No sólo el sistema se considera inmoral, sino también la ilegalidad de la acción de los poderosos es denunciada. “Ellos” son acusados de “haber tomado nuestras casas a través de un proceso de ejecución hipotecaria ilegal... rescates tomados de los contribuyentes con impunidad... perpetuando la desigualdad y la discriminación en el trabajo por razones de edad, el color de la piel, el sexo, el género, la identidad y la orientación sexual, ... buscado continuamente despojar a los empleados del derecho a negociar mejores salarios y condiciones de trabajo más seguras... han secuestrado a los estudiantes con decenas de miles de dólares en deudas, a pesar de que este sea un derecho humano... donando grandes sumas de dinero a los políticos, que son los responsables de regularlos” (Van Gelder et al. 2011, 37).

Las consignas critican la convergencia entre empresas y políticos, de forma que “los bancos fueron rescatados, y a nosotros nos vendieron”. El objetivo principal de Occupy Wall Street es considerado como símbolo de la “creación y destrucción de oportunidades cuando todo lo que puede ser comercializado se comercializa” (Gitlin 2012, 7). Adbuster propuso una reclamación cuando organizaron el primer día Occupy Wall Street: “exigimos que Barack Obama ordene una Comisión Presidencial encargada de poner fin a la influencia que el dinero tiene en nuestros representantes en Washington” (Kerton 2012, 395). El 29 de septiembre, la Asamblea General de Nueva York declaró: “Venimos a vosotros en un tiempo en el que las corporaciones

que sitúan el poder por encima de las personas, el interés personal por encima de la justicia y la opresión sobre la igualdad, están dirigiendo nuestro gobierno” (Van Gelder et al. 2011, 111).

De hecho, es culpa de la corrupción de las instituciones representativas. Con el neoliberalismo, evolucionó un sistema en el que los financieros más altos administraban para ellos los beneficios de forma partidista, se agolparon en la puerta giratoria, realizaron desregularizaciones y conspiraciones administrativas y se combinaron en nombre de la competencia” (Gitlin 2012, 11). El activista del OWS Graber señaló que la “colusión entre los asesores financieros de Wall Street y políticos locales llevaron a municipios a la quiebra ... en todos los casos, una parte de los beneficios resultantes se canalizan de nuevo a los políticos a través de grupo de presión y PACs” (2012, xx) “que hacen imposible imaginar que el gobierno estadounidense tenga nada que ver con la voluntad popular, o incluso el consentimiento popular” (ibid., xxi).

En España, el lema “no somos mercancías en manos de políticos y banqueros” está vinculado a la denuncia de la corrupción de la democracia representativa. La apelación a tomar la calle el 15 de mayo de 2011, “Toma la calle” se completó con declaraciones como: “por regla nuestros políticos gobiernan para el mercado y no para la ciudadanía”, “debido a que el salario mínimo de un miembro del Congreso es 3.996 euros”, “porque la ley electoral beneficia a los partidos grandes, los que están acusados en 700 juicios por corrupción”, “porque cuando uno no tiene trabajo, sus padres ya no tienen una pensión, el precio de la hipoteca aumenta, y si le quitan su casa, seguirá debiéndole dinero al banco “(Toma la calle, 15.05.11).

Existe de hecho una persistente demanda de rendición de cuentas de los asuntos públicos y el enjuiciamiento de la corrupción política ya que la gente está harta de injusticias como el pago de la factura de una crisis cuyos autores continuarán disfrutando beneficios récord” (Perugorria y Tejerina 2013, 436). También en Grecia, en la plaza Syntagma, los diputados fueron considerados como traidores que habían violado un contrato democrático básico (Sotirakopoulos y Sotiropoulos 2013). Los ocupantes del Parque Zuccotti declaran, “no hay verdadera democracia es alcanzable cuando el proceso lo determina el poder económico” (Van Gelder et al. 2011, 36). Y “el dinero habla. Demasiado. Occupy”. OccupyWall Street declaró: “Nos dirigimos a ustedes en un momento en que las corporaciones, que anteponen los beneficios a las personas, el interés propio sobre la justicia y la opresión sobre la igualdad, gestionan nuestros gobiernos”. Así, la asamblea general OWS declaró: “el 17 de septiembre del 2011, gente de todo Estados Unidos de América y el mundo vino a protestar contra las injusticias flagrantes de nuestro tiempo perpetuadas por las elites económicas y políticas. En la decimoséptima, nosotros como individuos nos levantamos contra la privación de derechos políticos y la injusticia social y económica, nos pronunciamos, resistimos y ocupamos con éxito Wall Street. Hoy, estamos orgullosos de permanecer en Liberty Plaza (también conocido como parque Zuccotti) y nos constituimos como seres políticos autónomos y adultos en la desobediencia civil no violenta y solidaria basada en el respeto mutuo, la aceptación y el amor” (ibid., 25). La corrupción también es un tema recurrente en el análisis del marco de los grupos de protesta italianos. Así, según el grupo de Arci, por ejemplo, Italia no pudo deshacerse de un gobierno desacreditado a causa de la degeneración profunda de su sistema político. Las menciones a la participación de

la mafia en las decisiones políticas también encajan en este discurso, en especial entre los grupos de lucha contra la mafia, los grupos activos en la crisis de eliminación de residuos en Campania y grupos de ciudadanos de la ciudad devastada por el terremoto de L’Aquila que echan la culpa de las malas decisiones a los políticos corruptos y a los mafiosos. En general, el diagnóstico, tal y como lo presentó la red antimafia Libera, es que “la corrupción contamina los procesos de la política, pone en peligro el prestigio y la credibilidad de las instituciones, contamina y distorsiona gravemente la economía, chupa los recursos destinados por el bien de la comunidad, corroe la responsabilidad cívica y la cultura democrática en sí. (En della Porta, Mosca y Parques 2013).

La lucha contra la corrupción del 1% se lleva a cabo en nombre de la gente común que sufre la corrupción de la democracia. En España, *Democracia Real Ya* llama a la “gente común” a movilizarse en contra de la corrupción del sistema: “Somos personas comunes, normales” Somos como tú: gente que se levanta por las mañanas para estudiar, trabajar o buscar trabajo, gente que tiene familiares y amigos. Las personas que trabajan duro cada día para ofrecer un futuro mejor a los que nos rodean. Algunos de nosotros nos consideramos progresistas, otros conservadores. Algunos de nosotros somos creyentes, otros no. Algunos de nosotros hemos definido claramente nuestra ideología, otros somos apolíticos, pero todos estamos preocupados y enfadados por el panorama político, económico y social que vemos a nuestro alrededor: la corrupción de los políticos, empresarios, banqueros, que nos deja indefensos, sin voz. Esta situación se ha convertido en algo normal, un sufrimiento diario y sin esperanza. Pero si nos unimos, podemos cambiarla. Es hora de cambiar las cosas, el tiempo para construir una sociedad

mejor juntos” (En Gerbaudo 2012, 13). Del mismo modo, en los EE.UU., Occupy escribió: “Somos el 99 por ciento. Nos están expulsando de nuestros hogares. Nos vemos obligados a elegir entre comprar alimentos o pagar el alquiler. Se nos niega una atención médica de calidad. Estamos sufriendo la contaminación ambiental. Estamos trabajando largas horas por poco dinero y ningún derecho, si estamos trabajando en absoluto. Estamos recibiendo nada, mientras que el otro 1 por ciento está recibiendo todo” (ibid., 119).

### 3. Neoliberalismo Amoral, protesta moral y los servicios sociales

La crisis del capitalismo tardío afecta al trabajo social en varios aspectos y los trabajadores sociales y los usuarios de los servicios sociales responden a través de diversas formas de protesta ya que a la vez reaccionan y se ven afectados por esta crisis.

Desde el punto de vista de la oferta de servicios, la crisis del neoliberalismo amoral significa, al mismo tiempo, una reducción de los recursos públicos disponibles así como un aumento en el número de ciudadanos que necesitan apoyo de servicio social. Los servicios sociales en manos del sector público, acusados del bajo aumento de la productividad, y los salarios de los trabajadores públicos, se recortan junto con el número de trabajadores públicos. Mientras que las funciones más urgentes son más y más a menudo atribuidas al tercer sector, estos están cada vez más privados de apoyo público no sólo en lo material, sino también en lo simbólico. Por citar sólo el caso español, en este país con la mitad de la población joven y una cuarta parte del total de la población en paro, casi medio millón de ciudada-

nos fueron desalojados de su casa. Con los indicadores de desigualdades sociales y territoriales en constante aumento, la disminución de la clase media, el crecimiento de las personas definidas como pobres (Tezanos 2012 y el Consejo General del Trabajo Social, en España; Therborn 2012 en general), las tareas de trabajadores sociales aumentó enormemente (por ejemplo, en España el número de personas que reciben ayuda alimentaria de Cruz Roja ha crecido de 22.000 en 2008 a un millón en 2011 (Sánchez Morales, 2012), mientras que los recursos asignados a este sector cayeron.

Además, como se ha mencionado, la función misma de los servicios sociales públicos está bajo ataque. La concepción del bienestar se está haciendo residual y se dirige hacia una organización benéfica mientras que, como se mencionó, el credo neoliberal define la protección social como malo para la economía si esta la paga el Estado, ya que no sólo aumenta el presupuesto público, sino que incluso se la llega a acusar de distorsionar el funcionamiento del mercado de trabajo. El programa del Reino Unido “Gran Sociedad”, lanzado por el primer ministro conservador Cameron con el objetivo de “trasladar la responsabilidad de satisfacer las necesidades sociales del Estado a las familias y a la comunidad, y cambiar la prestación de servicios del sector público a obras de caridad, grupos de comunidades locales y negocios” (Coote y Shahenn 2013, 243) es parte de una tendencia más general de la democracia occidental, que tiene el efecto de enfrentar a las comunidades locales y los grupos de voluntarios contra la otra por el acceso a los recursos cada vez más limitados.

Si bien en principio existe una protección legal contra la pobreza en nombre del derecho humano, estas disposiciones por lo general no son

vinculantes (por ejemplo, artículo 30 de la Carta Social Europea del Consejo de Europa de 2013, 63; Consulta Gerds 2013). Si, en principio, nadie puede ser discriminado porque está en situación de pobreza, de hecho la privatización de los servicios públicos implica la discriminación de las disposiciones, incluso las relativas a productos de primera necesidad (ibid., 67). Si el Estado del Bienestar había representado una desmercantilización de algunos bienes, definidos como los servicios públicos, el neoliberalismo trajo consigo la privatización y la mercantilización de los bienes una vez al público.

Con justificaciones éticas erróneas, los servicios sociales son más bien considerados cada vez más como una mercancía que se vende en el mercado (Graefe 2004). Este es el caso de la atención de la salud, la educación, el cuidado de los niños, de los mayores o los enfermos. Paralelamente a la privatización de los servicios sociales para los que pueden pagar ellos, no a la criminalización de los pobres. Los espacios públicos también se privatizan con el fin de mantener lejos a los que se considera, una vez más, como clases peligrosas.

Los movimientos sociales que luchan contra las mencionadas medidas de crisis y austeridad justificadas como una forma de hacerle frente a este movimiento se oponen a él. El trabajo social es relevante como actor y objetivo en muchas de estas protestas.

En primer lugar, los trabajadores sociales han sido grandes actores dentro del grupo de los que protestan contra el giro material y normativo de las provisiones de los servicios públicos. Si los trabajadores de profesiones sociales habían sido considerados como las principales bases sociales

de los nuevos movimientos en el pasado, en la protesta contra la austeridad los trabajadores sociales han tenido una abrumadora presencia tanto como individuos y grupos organizados.

En segundo lugar, las cuestiones relacionadas con la protección han sido fundamentales en la protesta. Como se mencionó anteriormente, los repertorios de acción colectiva personalizados, por ejemplo, permiten recoger y difundir historias personales de ciudadanos indignados, el 99% en el que la transformación del trabajo social de la administración pública en una mercancía cobra un papel central, tanto en lo práctico como en lo simbólico.

En tercer lugar, varias direcciones de protestas, como vimos en el creciente sufrimiento y desprecio por las víctimas de la crisis y de las políticas de austeridad. Protestas toman diferentes formas. Hay acciones colectivas de los ciudadanos afectados, resistiendo su categorización como usuarios o consumidores. Las víctimas de los desalojos de casa, así como las asociaciones de personas afectadas por enfermedades graves han sido centrales en las recientes protestas. Al igual que estas son las protestas de los trabajadores y de los usuarios en contra de las medidas de la llamada racionalización, con el cierre de hospitales, guardería, oficinas de empleo y otros centros para la prestación de servicios sociales.

En tercer lugar, varias protestas se refieren a la transformación de las instituciones que debe proporcionar servicios a la comunidad. El aumento de los costos para los ciudadanos que tienen que pagar por los servicios y los recortes en los salarios y el personal que los servicios tienen que ofrecer han sido a veces un puente en campañas más

amplias en la escuela pública o la salud pública. Las asociaciones de voluntarios también se convirtieron en cierta medida en indignados contra el aumento de la responsabilidad en su campo de acción mientras al mismo tiempo había una disminución del apoyo público a nivel material y simbólico.

Estas protestas y campañas no sólo se han dirigido a la protección de las condiciones materiales de los usuarios de los servicios sociales y los trabajadores de los servicios sociales, sino que también contribuyen a elaborar una concepción diferente de servicio público como bien común de oponerse a su concepción neoliberal como mercancías. Si los servicios sociales en el Estado-nación habían sido reclamados por los derechos de la ciudadanía, el derecho a una vida con dignidad (una casa, comida, salud, empleo) es cada vez más enmarcado como los derechos humanos (véase, por ejemplo, la Agenda Global, propuesto por la FITS, AIETS y CIBS): la pobreza es un atentado contra los derechos de una persona, ya que pone en peligro el reconocimiento de los derechos civiles, políticos y sociales. El marco de la caridad ha sido cuestionado por otro de derechos humanos, y la creación simbólica y material de espacios aislados para las *classes dangereuses* por una concepción de lo común. Indignado es una definición del ser que manifiesta la indignación por la falta de respeto al derecho de un ser humano, que luego resuena con un clamor generalizado: la dignidad.

De hecho, no sólo está en juego el contenido de la aplicación de derecho, sino también sus formas. Si el Estado de Bienestar del período fordista fue acusado de interferir con el mundo de la vida de los individuos (Habermas), la imposición de normas desde arriba, la afirmación de los derechos humanos está cada vez más enmarcada dentro de una concepción de la participación de los ciu-

dadanos en la planificación y la implementación de los servicios sociales. De hecho, esto también se relaciona con un nuevo descubrimiento de “los comunes”, como espacios en los que los bienes comunes han de ser administrados a través de la participación de todos los afectados por ellas. Los experimentos a nivel institucional, como el presupuesto participativo, reflejan esta concepción de los compromisos por parte de los ciudadanos, a través de la deliberación común. Mientras que las instituciones reclaman conocimientos técnicos (despolitizados), los movimientos de protesta vuelven a politizar el suministro de bienes comunes a través de un énfasis en los ciudadanos tienen conocimientos prácticos. Los bienes comunes se construyen como desmercantilización de lo que es esencial para la vida, con la autogestión y la autonomía de estos recursos a través de la participación de la comunidad (Consejo de Europa, 2013, 164; Fattori, 2013). Los bienes comunes son logrados “también a través de la participación de todos los interesados en su protección al igual que “la participación democrática es la base de la gestión de los bienes comunes” (Fattori, 2013, 347). En una visión procesual, se puede decir que la definición de los bienes como comunes ayudan a la creación de comunidades y solidaridades (ibid., 327).

Las formas de protesta en los servicios sociales también son múltiples. Más allá de la acción política como marchas en la calle, que han sido muy importantes en la protesta anti austeridad (véase, por ejemplo, la Marea Naranja en España) la política de protesta ha tomado diferentes formas. Frecuentemente ha sido, por ejemplo, de desobediencia civil, como una oposición colectiva a los desalojos, junto con las campañas de información pública contra los responsables de los desalojos. La información pública también ha



sido fundamental en la protesta de los sectores de la educación en las forma de conferencias en lugares públicos, como plazas o trenes. Los *flash-mobs* han contribuido a comunicar la condición dramática de los pobres y los excluidos. En muchos casos, las protestas tuvieron también formas prefigurativas. Las acampadas, convirtiéndose en “ciudades de la ciudad”, experimentaron con una organización alternativa de vida basada en la atención y la solidaridad. El énfasis en las plazas públicas a menudo puso a los activistas en contacto directo con los habitantes de esos lugares, entre ellos las personas sin hogar, con intentos de desarrollar soluciones comunes para los problemas sociales.

Si las protestas son formas de defensa, el énfasis está hoy en la participación directa de los ciudadanos. Esto ha sido particularmente visible en las campañas en las escuelas públicas o la salud pública que han mostrado que en las protestas hay trabajadores implicados (profesores, enfermeras, médicos, etc.), pero también usuarios (alumnos, estudiantes) y sus familias. En muchas de estas protestas, la legitimidad proviene de la participación de los afectados por ejemplo: los afectados por la hipoteca. Mientras que en el pasado muchas acciones en favor de los llamados gente débil había sido hecha en su nombre, una fuerte tendencia en los últimos años de protesta ha sido la participación directa: de los pacientes sin hogar y SLA por mencionar dos ejemplos principales. Mientras que las grandes organizaciones no gubernamentales han sido a veces criticadas por su organización vertical y el enfoque en un solo tema, así como la competencia interna en el sector de la disminución de la financiación pública (por ejemplo, Consejo de Europa, 2013, 105), los movimientos sociales emergentes han pedido lógica organizativa participativa y horizontal.

Como se ha señalado, las redes nacionales de la red europea contra la pobreza, el grado de reconocimiento institucional de la función de los grupos de defensa en la lucha contra la pobreza y la exclusión es mínimo, limitándose a reuniones informativas breves. Grupos de migrantes sin hogar, discapacitados, desempleados muestran la importancia de la participación directa de los afectados. Se reclama una Red participativa (ibid., 107; también BergSchlosser, 2013).

En resumen, los efectos de la crisis del liberalismo tardío y de la resistencia a la misma pueden ser identificados dentro de las protestas por los servicios sociales que parecen pasar de asuntos separados a múltiples temas, de un énfasis pragmático a un discurso moral, de un sistema centralizado a una estructura en red, de la promoción a la protesta, de la movilización de los otros a la movilización de los afectados.

#### 4. Conclusión

En este trabajo he analizado lo que Polanyi (1957) llamó los movimientos dobles continuos entre el libre mercado y la protección de la sociedad, centrándose en la crisis de la segunda “gran transformación”: el neoliberalismo.

En particular, basándome en la obra de Polanyi, he sugerido que los ataques neoliberales a la protección social no sólo están hechos de políticas que, lideradas por una economía monetarista se centran en recortar los servicios públicos y permitir el crecimiento de las desigualdades, incluso en las más extremas formas. Más bien, el neoliberalismo es también una ideología cínica según la cual los beneficios tienen que ser maximizados a toda costa. La intervención pública es estigmatizada

como un obstáculo para el pleno desarrollo del libre mercado y los servicios públicos, en particular, ya que no sólo aumentan el déficit presupuestario, sino también distorsionan los mercados laborales. La privatización de los servicios es privilegiada, con sólo un bienestar residual para los pobres. Como hemos señalado, la separación del Estado y el mercado, en realidad, es una mistificación, ya que se necesitan intervenciones estatales para aumentar los beneficios a través de las políticas de desregulación, liberalización y privatización. La competencia es ficticia, ya que la concentración de capitales (sobre todo, el capital financiero) en grandes empresas es la principal fuerza detrás de la protección social.

En el doble movimiento de Polanyi, la resistencia al libre mercado surgió en la sociedad. En contra de la inmoralidad del capitalismo elabora un encuadre moral en el que el neoliberalismo es estigmatizado como una economía inmoral (Thompson, 1971). A veces, dentro de un marco reformista, el cinismo del “1 por ciento”, denuncia: el despojo a los ciudadanos de los derechos más fundamentales, como alimentación, vivienda y salud. El sistema legal que había protegido la sociedad, con un mínimo de bienestar y la reducción de las desigualdades sociales se ve como víctima de la codicia de una alianza impía de los negocios y la política. La corrupción de la clase política se achaca a que los mecanismos mediante los cuales los beneficios de unos pocos prevalecen sobre la necesidad —sobre los derechos humanos— de muchos.

Todo esto tiene efectos relevantes en el trabajo social, especialmente en tiempos de crisis. Aunque el número de personas que necesitan ayuda aumenta dramáticamente, los recortes en los presupuestos públicos afectan a los sistemas

públicos de servicios sociales, así como el apoyo público para el tercer sector. A medida que los salarios de los trabajadores sociales en el sector público, privado y tercer sector disminuyen, los servicios sociales se hacen cada vez más amplios y/o de peor calidad. El discurso inmoral del neoliberalismo golpeó con especial dureza aquí, ya que los servicios públicos se consideran una obstaculización de la competencia. Los servicios sociales, de hecho, cada vez más se definen como mercancías.

El trabajo social es sin embargo central en los movimientos por la protección social contra el libre mercado. En las recientes olas de protestas, los trabajadores sociales y los usuarios de los servicios públicos han estado a la vanguardia, a menudo con movilizaciones comunes en defensa de la salud pública o la educación pública. Las partidas sociales son también fundamentales como las reclamaciones de los que protestan contra la privatización de los servicios y la mercantilización de los derechos, proponiendo en su lugar una visión de los bienes comunes, defendidos y controlados por la comunidad y los servicios sociales públicos. La idea de una recreación de lo común, y de una “comunalización” de los servicios públicos es de hecho un puente con un enfoque participativo, con las participaciones de todos los afectados (Fattori, 2013). La propia organización de los usuarios de los servicios públicos es de hecho, cada vez más horizontal, con las redes construidas por los afectados (Della Porta, 2013B). Las formas de protesta son múltiples: con marchas, desobediencia civil, educación y huelgas de hambre, una prefiguración de otra comunidad ha sido parte integrante de las acampadas como ejemplo del desarrollo de un nuevo bienestar, frente a un Estado del malestar.

## Bibliografía

- Amabile, Bruno. 2011. Morals and politics in the ideology of neoliberalism, in *Socio-Economic Review*, 9, 3-30.
- Berg-Schlosser, Dirk (2013). Poverty and Democracy—Chances and Conflicts, in *Redefining and Combating Poverty, Trends in social cohesion*, 25, 217-230.
- Buchanan, James and Gordon Tullock (1962). *The Calculus of Consent: Logical Foundation of Constitutional Democracy*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Chomsky, Noam (2012). *Occupy*. London: Penguin.
- Consejo General del Trabajo Social, no date. *Action Against Evictions*.
- Coote, Anna and FaizaShaheen (2013). Social Justice, Deficit Reduction and Diminishing Social Rights—Lessons from the UK's 'Big Society', in *Redefining and Combating Poverty, Trends in social cohesion*, 25, 243-264.
- Council of Europe (2013). *Living in Dignity in the 21st Century. Poverty and Inequality in Societies of Human Rights: The Paradox of Democracy*. Strasbourg: Council of Union.
- Crouch, Colin (2012). *The Strange Non-Death of Neoliberalism*. Oxford : Polity.
- Della Porta, Donatella, Lorenzo Mosca and Louisa Parks (2013). "Subaltern politics in Italy". In Mary Kaldor (ed.), *Subaltern Politics*, Forthcoming.
- Della Porta, Donatella (2013a). Bringing capitalism back in? Antiausterity protests in the crisis of late neoliberalism, paper presented at the ECPR general conference, Bordeaux, September.
- Della Porta, Donatella (2013b). *Can Democracy be Saved?*. Oxford: Polity.
- Fattori, Tommaso (2013). Commons, Social Justice and Environmental Justice, in *Redefining and Combating Poverty, Trends in social cohesion*, 25, 325-362.
- Gerbaudo, Paolo (2012). *Tweet and the Street*. London: Pluto Press
- Gerds, Johannes (2013). The European Convention of Human Rights. in *Redefining and Combating Poverty, Trends in social cohesion*, 25, 151-173.
- Gitlin, T. (2012). *Occupy Nations: The Roots, the Spirit, and the Promise of Occupy Wall Street*. London: HarperCollins Publishers.
- Graeber, David (2012). *The Democracy Project. A History.A Crisis. A Movements*. London: Allen Lane.
- Graefe, Peter (2004). Personal Services in the Post-Industrial Economy: Adding Noprofits to the Welfare Mix. In *Social, Policy and Administration* 38, 456-469.
- Hayek, Friedrich A. von 1967 (orig. 1950). Full Employment, Planning and Inflation. in *Studies in Philosophy, Politics and Economics*. Chicago: The University of Chicago Press: 270-279.
- Kerton, Sarah (2012). "Tahrir, Here? The Influence of the Arab Uprisings on the Emergence of Occupy" *Social Movement Studies*, vol. 11, n° 3-4, pp. 302-308.
- Langman, Lauren. (2013). Occupy: a new, new social movement, *Current Sociology*, first published on April 17.
- NezHéloïse. 2011. No es un botellón, es la revolución! Le mouvement des indignés à Puerta del Sol, Madrid, Mouvements, Available at: <http://www.mouvements.info/No-es-unbotellon-es-la-revolucion.html>, accessed 07/06/2011.
- Perugorriá, Ignacia, Tejerina, Benjamín. (2013). Politics of the encounter: Cognition, emotions, and networks in the Spanish 15M, *Current Sociology*, first published on April 17.
- Polanyi, Karl 1957 (orig. 1944) *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*. London: BeaconPress.
- Sanchez Morales, Rosario. 2012. Los nuevos pobres y la población "Sin hogar" en España. Paper presented paperpresented at the XII Foro sobre tendencias sociales, Madrid, UNED, March.
- Sotirakopoulos, Nikos, Sotiropoulos, George. 2013. 'Direct democracy now!': The Greek indignados and the present cycle of struggles, *Current Sociology*, first published on April 17.
- Stiglitz, Joseph (2008). "The End of Neoliberalism?" in Project Syndicate.
- Stiglitz, Joseph (2012). "Introduction: the World Wakes, In Anya Schiffrin and EamonKircher-Alle (eds.). From Cairo to Wall Street. Voices from the Global Spring. New York, The New Press: 1-27.

## Neoliberalismo amoral y protestas morales: movimientos sociales en tiempos de crisis

Streeck, Wolfgang (2011). The Crisis in Contest. Democratic Capitalism and Its Contradictions, MPIFGF, Discussion Paper 11/15.

Taylor, Astra, Keith Cessen et al. (eds.), 2011. Occupy, Scenes from Occupied America. London: Verso.

Tezanos, José Felix (2012). Tendencias en Desigualdad y Desvertebración social y sus Efectos Políticos y Económicos. Paper presented the XII Foro sobre tendencias sociales, Madrid, UNED, March.

Therborn, Ghoran. 2012. Evolución global y perspectivas de los diferentes tipos de desigualdad en el mundo. Paper presented at the XII Foro sobre tendencias sociales, Madrid, UNED, March.

Thompson, EP, 1971. The Moral Economy of the English Crowds in the Eighteenth Century. in *Past and Present* 50, 76-136.

Van Gelder, Sarah and the staff of YES! magazine, (2011). This changes Everything. Occupy Wall Street and the 99% Movement. San Francisco: BK publisher.